

Especulando un poco sobre la reproducción de los varones*

Juan Guillermo Figueroa Perea**

Antes de empezar el comentario quiero aclarar que lo presento desde la experiencia de alguien que ha venido haciendo investigación sobre reproducción y varones mostrando la forma tan ambivalente y contradictoria en que dicha población está presente en el estudio y en la práctica de la reproducción. Además, hablo desde la experiencia de alguien que viene de una tradición católica algo conservadora, pero informada y quien además ahora trabaja cercanamente a grupos identificados con una lectura alternativa de la tradición católica y a quienes incluso los jerarcas de esta institución los califican como “no-católicos”.

Empiezo destacando una frase a la que alude Adriana al principio de su libro como uno de sus supuestos básicos o de sus hallazgos principales, en términos de que “el proceso de liberación del aborto no ha sido acompañado de actos democráticos que permitan conciliar las demandas de los grupos feministas con las de los grupos conservadores”; yo me animaría a añadir que este proceso también ha estado exento de actos democráticos que permitan reconciliar a los varones con las mujeres.

¿Y los varones?

El texto de Adriana se titula *Si los hombres se embarazaran, ¿el aborto sería legal?*, con esto en mente y por mis antecedentes de trabajo personal hice una lectura del libro buscando a los varones e identificando sus diferentes tipos de presencias y me preguntaba ¿de qué varones puedo dar cuentas, de acuerdo a la historia escrita por Adriana? Bueno de un “pacto de caballeros” para regular la reproducción, la sexualidad y los cuerpos de las mujeres e incluso, como señala en alguna parte del texto, como una lucha para regular sus almas (pág. 88). En esta vertiente aparecen los jerarcas de la iglesia católica “protegiendo a su institución”, aunque a ratos más me parecía que están protegiendo su lugar dentro de la institución.

Otro tipo de varones que aparecen en la historia de Adriana son los políticos con quienes las feministas han intentado negociar en múltiples ocasiones: políticos que a veces han impedido la discusión; políticos que en otras han apoyado temporalmente mientras no reciban “órdenes superiores de que hasta ahí llega por el momento”; políticos que han pospuesto lo más que han podido el voto de las mujeres ya sea en términos electorales o en importantes órganos de decisión política; políticos que como

* Comentario al libro de Adriana Ortiz Ortega *Si los hombres se embarazaran, ¿el aborto sería legal?. Las feministas ante la relación Estado-iglesia católica en México (1871-2000)*, publicado por Edamex y El Population Council y Estado, el cual fue presentado el 7 de diciembre de 2000 en el Centro Cultura San Ángel, México, D.F. Posteriormente se publicó en *Revista FEM* (Publicación Feminista Mensual), Año 25, No. 215 febrero de 2001, pp. 13-16.

** Profesor-investigador de El Colegio de México.

menciona Adriana, le han venido dando un toque masculino al “ejercicio del poder” (pág. 227), al margen de preguntarse qué pueda querer decir dicho toque; políticos que no han cumplido las leyes ya definidas a propósito del aborto (como lo es en el caso de Paulina, al que alude Adriana en la página 220), y políticos que han acabado dando la “última palabra” para detener múltiples procesos de negociación. Esa última palabra se puede dar precisamente desde la presidencia en un sistema presidencialista (pág. 159).

¿Dónde más aparecen los varones en la historia contada por Adriana?, pues aparecen como compañeros aislados o como compañeros contradictorios, entre ellos los grupos de izquierda y los defensores de derechos humanos, quienes con extraña facilidad llegan a afirmar que “no es el momento oportuno para discutir sobre el aborto”, ya que tensaría la relación con otros actores sociales ¿Cuándo será el momento?.

Los varones también aparecen dentro de los elementos atenuantes o dentro de las causales en donde el aborto sí ha sido permitido: aparecen en la referencia a la violación y en la causal de “honoris causa.” No puede dejarse de lado que la primera situación refleja el ejercicio del poder, del dominio, de la humillación, de la violencia y de un tipo de ejercicio sexual de los mismos varones, mientras que la segunda se presenta al aceptar el aborto de la mujer para defender “el honor del marido”.

Los varones aparecen como referencia en el término de ‘paternidad responsable’ avalado tanto por el Estado como por la iglesia católica en los setenta, pero para hacer referencia a los varones “tolerando la anticoncepción ejercida por parte de las mujeres” (pág. 112). Los varones reaparecen 20 años después como preocupación en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo del Cairo en donde se dice que es hora de enfatizar que “los varones también deben asumir responsabilidades en el ámbito de la reproducción”. A final de cuentas los varones aparecen pero como seres no reproduciéndose, sino observando y normando el proceso reproductivo de las mujeres; todos los datos demográficos a los que hace referencia Adriana para documentar el crecimiento demográfico, los niveles de fecundidad y el tipo de usos anticonceptivos se centran en las mujeres y no por un problema de Adriana, sino porque el estudio y la documentación de la fecundidad y la reproducción ha estado feminizado en las disciplinas dedicadas a ello.

Los varones aparecen en el libro de Adriana como título de la mitad de las hojas y a ratos no se qué me causaba más nerviosismo, si voltear la hoja y ver hasta arriba la pregunta inquisitiva ¿Si los hombres se embarazaran, el aborto sería legal? o bien su constante referencia al “pacto de caballeros”.

Y en la iglesia católica ¿cómo aparecen los varones?, pues aparecen a través de los jerarcas buscando defender su posición y de alguna manera imponerla; festejando e imponiendo la obediencia por encima de cualquier otro valor y además obediencia a dogmas que no lo son (pág. 213). Dichos jerarcas varones aparecen pretendiendo hablar por los y las creyentes y por todos los líderes espirituales; a pesar de que como bien se ha dicho en múltiples ocasiones, todos los creyentes conforman a la iglesia católica y no únicamente los directivos de la misma. Aparecen también

creando lo que yo les llamaría grupos de choque como PROVIDA para intimidar moralmente a la población.

¿Y las mujeres?

Ante estos varones ¿cómo aparecen las mujeres, empezando por lo pronto por las mujeres creyentes, las mujeres católicas? Pues aparecen reproduciéndose silenciosamente; aparecen abortando solitariamente y además en condiciones de riesgo; aparecen buscando discursos alternativos para entender lo que están viviendo; aparecen discrepando a solas y en silencio con respecto a la enseñanza oficial de la iglesia católica (pág. 197 y pág. 204, por ejemplo). A la par, aparecen aliándose y encontrando respuestas solidarias y generosas en el feminismo. Irónicamente lo encuentran en una lectura de la realidad tan satanizada por la propia jerarquía de la iglesia católica o al menos, por la lectura dominante en la misma.

Y mientras tanto ¿cómo aparecen las feministas y el feminismo en la historia contada en este libro? Pues aparecen construyendo y reconstruyendo sus búsquedas; matizando, rectificando y renovando el papel de lo sexual y lo social en el debate sobre el aborto y, a partir de ello, redefiniendo la reflexión sobre el tema en términos de categorías y de demandas políticas de justicia social, de salud, de derechos, de democracia y de integridad corporal, entre otros. Las feministas aparecen siendo confrontadas por la desesperación ante la urgencia de la demanda (de una reproducción vivida en condiciones más dignas) y la incertidumbre de la respuesta; por las múltiples estrategias intentadas por otros actores sociales buscando dividir las, por compromisos establecidos con otros grupos democráticos con quienes se han aliado para ciertas búsquedas y que a ratos las obligan, incluso a ellas mismas, a posponer un poco la discusión sobre el aborto. Las feministas y las mujeres en general aparecen sobre todo confrontadas por el silencio de los varones, por ese silencio cómplice, miedoso e incierto, pero a final de cuentas silencio.

A pesar de todo ello las feministas aparecen ganando legitimidad entre la población y contribuyendo, entre otras muchas cosas, a desmitificar el papel de la iglesia católica. Creo que esa es una historia que aun falta por contar y completar, pero valdría la pena plantear algunas sugerencias para analizar los intercambios y la tensión entre el discurso feminista y la religión católica, en buena medida a la luz de entrevistas con mujeres católicas que explícitamente se han declarado traicionadas por la jerarquía al presentar de una manera tan rígida sus normas en el ámbito de la sexualidad y la reproducción.

¿Y la iglesia católica?

Podríamos decir que hay una serie de valores emergentes y de actitudes en la religión católica interpretada como generosidad, solidaridad, acompañamiento y comprensión diferenciándose de lo que pasa con la religión católica institucionalizada muchas veces como normatividad, como legalismo y como opresión. Leyendo la historia contada por Adriana, no queda claro cuál es la lectura que ha acompañado a las mujeres en sus procesos reproductivos.

En la primera vertiente se identifica una noción de solidaridad con la exclusión y con los excluidos, mientras que en la segunda emerge la ambigüedad y la complicidad de alguna forma con los procesos de exclusión. En la primera se sugiere y se exige un replanteamiento del significado y del uso de las normas poniéndolas más al servicio de las personas que de las instituciones, mientras que en la segunda emerge una lectura legalista con un énfasis exagerado en la obediencia por encima incluso de la libertad y de las acciones de acuerdo a la conciencia de los individuos.

En la primera se cuida de matizar los juicios y los enunciados valorativos, reconociendo cierta modestia y de alguna manera finitud en los enunciados, mientras que en la segunda se presentan las normas de manera ahistórica amparando juicios absolutos que pretenden erigirse como universales. Puede afirmarse que en la primera hay un énfasis en pensar en los y en las demás, mientras que en la segunda la burocracia institucional pareciera obsesionada por pensar en sí misma; con ello se ha generado una distorsión que ha llevado a las personas a buscar en otros espacios la defensa de la dignidad como un recurso para la felicidad ya que han encontrado una especie de “dictadura espiritual” en muchos de los intérpretes de la religión católica.

Ello ha llevado a que muchas mujeres católicas acaben transgrediendo silenciosamente la normatividad rígida de la iglesia a la que desean pertenecer y que se acaben convirtiendo en una disidencia mayoritaria por defender sus derechos (como lo cita Adriana en alguna parte del texto) A la vez, con su silencio cómplice los jerarcas de la institución mantienen una imagen distorsionada y ambivalente de lo que es la postura de la iglesia católica, por silenciar las diferencias en el planteamiento de los múltiples miembros de la misma.

¿Y la historia que se cuenta?

El trabajo de Adriana nos permite redescubrir la historia alrededor del aborto y del intercambio de los múltiples actores sociales, pero también nos permite redescubrirnos en esa historia en particular cuando se refiere a periodos de los que somos parte como sujetos sociales.

A pesar de conocer el final del relato desde antes de llegar a las últimas hojas del libro, los nuevos eventos que aparecen por la documentación de la autora nos llevan a pensar, como en varias novelas que se han escrito en los últimos años, que el lector o lectora pudiera escoger otro camino para construir la historia y por ende, llegar a escenarios nuevos, en la medida que la persona que lee el libro se descubre actuando abierta o veladamente dentro de ese proceso que está siendo relatado por Adriana.

Uno se descubre tan cerca y a veces tan lejos de la búsqueda feminista; por ello me pregunto seriamente si en realidad tendremos que esperar a que los varones se embarquen para que el aborto sea legal. Ello aparece como una estrategia poco atractiva conociendo los procesos de feminización de la reproducción y de su análisis, si bien reconozco la consigna política feminista detrás del título del libro y con ello, la

demanda constante de que los varones nos asumamos como seres reproductores e intentemos comprender el proceso vivido por las mujeres.

Conociendo los múltiples matices de la historia relatada por Adriana, los avances y retrocesos en los intercambios entre el Estado, el feminismo y la iglesia católica, es muy entendible la preocupación con la que termina Adriana respecto al futuro inmediato. Adriana formula algunas preguntas en términos de ¿qué hará ahora la iglesia católica en el contexto de ese nuevo gobierno?, ¿qué hará la presidencia y qué harán los políticos?, ¿se llevarán a cabo nuevamente acuerdos secretos que dificulten, que compliquen o que signifiquen un retroceso en la búsqueda de despenalización y liberación del aborto? Sin embargo la preocupación de Adriana no es del tipo que paraliza, si no que me remite a lo que sugiere un filósofo brasileño, Álvaro Viera Pinto, en términos de “pre-ocuparse”, es decir, ocuparse de la realidad, antes de que la realidad se ocupe de uno o de una. En esta vertiente la invitación de Adriana es a tener una postura activa ante el futuro inmediato y no esperar pasivamente lo que este nos pueda deparar.

En esta vertiente una de las mejores recomendaciones y enseñanzas que uno entresaca de la historia contada en este libro es recuperar los aportes de la “impertinencia feminista” y es una impertinencia dicha con mucho afecto y como un halago, más que como una crítica. ¡No puede haber mayor impertinencia que cuestionar lo obvio!; precisamente el feminismo se ha caracterizado por cuestionar la obviedad de los procesos de naturalización de las diferencias sexuales desarrollando con ello el paso de una moral heterónoma a una moral autónoma, el paso de una moral caracterizada por el ver para convertirse en una moral del hacer, el paso de una moral del estar para promover una moral del ser. ¿Lo habremos entendido los varones?

Elo lo han logrado a través de “su búsqueda de un sujeto colectivo” (como señala la autora) que redefina el ejercicio de los derechos, que construya nuevos actores políticos y que renueve las lecturas políticas que entran en juego en los múltiples arreglos sociales. Con ello, el feminismo ha logrado promover, entre otros de sus múltiples efectos favorables, la práctica ciudadana incluso al interior de una institución tan rígida como parece la misma iglesia católica.

Creo que una de las mejores formas de “ocuparnos del futuro” consistiría en convertir la opinión favorable sobre los diferentes derechos asociados al aborto en una práctica solidaria en la cotidianidad y con ello avanzar en la reconciliación a la que alude Adriana desde el principio del libro. ¿Podremos los varones aportar algo al respecto?